

Daniel

La Mano que mueve al mundo

Miguel Ángel Pozo Plumed

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

Las Escrituras son tomadas de La Biblia de las Américas® (LBLA) Copyright © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation usado con permiso. www.LBLA.com

© 2024

EB-701

ISBN 978-1-959799-58-0

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd

Sebring, FL 33870

www.ebi-bmm.org

(863) 382-6350

Impreso en Colombia

A Ricardo y Cindy Brown,
que me han enseñado a descansar y
depender de la Mano que mueve al mundo.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1 El Rey de imperios	7
Capítulo 2 El Dios del cielo y los cuatro reinos	28
Capítulo 3 El Dios en llamas.....	63
Capítulo 4 El buey que miró al cielo	83
Capítulo 5 La caída de los gigantes.....	103
Capítulo 6 El poder de los leones	122
Capítulo 7 Los horrores del mar y el jinete de las nubes	156
Capítulo 8 El rey insolente y el Príncipe de los príncipes.....	181
Capítulo 9 La semana que viene.....	205
Capítulo 10 La última revelación: primera parte	231
Capítulo 11 La última revelación: segunda parte	256
Capítulo 12 La última revelación: tercera parte	275
Apéndice 1 Cronología del libro de Daniel	299
Apéndice 2 Cronología del cumplimiento de las visiones	300
Apéndice 3 Resumen... de las profecías en Persia y Grecia	301
Apéndice 4 Resumen... de las profecías sobre los reinos del norte y del sur.....	302
Apéndice 5 Resumen... de las profecías sobre Antíoco IV Epífanés	307
Bibliografía	311

Introducción

La Biblia es una colección de libros impresionante. Hay algunos libros que fueron escritos hace casi 35 siglos. Aun así, sigue siendo tan relevante que parece que fue escrito precisamente para nuestro tiempo. Específicamente, el libro de Daniel, que va a ocupar esta obra, es uno de los más espectaculares de todos. Lo que arranca como una historia trágica sobre un grupo de muchachos de alta alcurnia arrancados de sus familias y culturas, lleva a una apabullante revelación de los eventos históricos que llevarían al final de los tiempos y a la consumación de los planes de Dios con Israel y con el mundo entero. A través de la historia de Daniel, el Dios altísimo se revela como el que rige los imperios, el que juzga a los soberbios, el que aplasta a los gigantes y como la Mano que mueve el mundo.

Quizá puede parecer que el libro de Daniel sea demasiado ajeno a nosotros. Quizá pienses que su estudio es demasiado complicado como para que merezca la pena frenar tu ajetreada vida y adentrarte en sus muchos misterios. Sin embargo, la realidad es absolutamente opuesta: no ha habido otro momento en el que haya sido más útil el estudio de Daniel que en el que estamos viviendo.

El mundo está cambiando de una forma vertiginosa. Las noticias de solo una semana son equivalentes a las que antes recibíamos en años enteros. Los poderosos cada vez tienen más control sobre cada aspecto de nuestras vidas y más recursos para subyugarnos. Las guerras, enfermedades, crisis y destrucciones económicas están

impactando cada rincón de nuestras naciones y da la sensación de que hay una maldad insondable e invisible que está moviendo los hilos para lograr un dominio férreo sobre cada aspecto de nuestras existencias. Los fuertes intentan encerrarnos en una cárcel con barrotes de miedo.

Esta situación nos toca muy de cerca a nosotros y a nuestras familias. Ideologías perversas y dañinas están siendo enseñadas a nuestros hijos desde todos los frentes posibles y no sabemos de qué manera podremos protegerlos de tan grande mal. En definitiva, da la sensación de que los malvados son los vencedores y nos arrastran a un abismo de fango y terror, tan negro como la misma fosa de la muerte.

Querido lector, tú y yo necesitamos el mensaje que Dios mostró a su siervo Daniel en el siglo VI a. C. Necesitamos interiorizarlo y hacerlo nuestro hasta tal punto que el pavor que nos paraliza se transforme en una confianza ciega en el Dios que, incluso hoy en día, tiene en su mano nuestras vidas y de ninguna manera va a dejarnos de lado. Necesitamos la seguridad absoluta de que el Altísimo está usando la perversidad y los planes de los poderosos para su gloria, para nuestro bien y para traer a este mundo su reino de manera definitiva y victoriosa.

Mi intención es presentar el relato bíblico de la manera más amena y cercana posible. He intentado escribir sin usar tecnicismos ni lenguaje eclesiástico porque mi intención es que cualquiera pueda leerlo. Aun así, perdónenme si hay algunos párrafos que tengan que leer varias veces para comprender. El mensaje de Daniel es un mensaje complejo, muchas veces presentado en forma de visiones enrevesadas que requieren el acceso a una cultura y un trasfondo que nosotros no tenemos, por vivir en un lugar y un tiempo tan ajenos a la Babilonia de hace 2.600 años. Es decir, es normal que nos perdamos a veces.

También, he intentado respetar al máximo el género literario en el que el profeta escribió. Esto es complicado en el caso de Da-

niel, porque fue escrito usando diferentes géneros. Me explico: los primeros 6 capítulos son historias, así que he intentado usar ese mismo género narrativo para contar las historias de la forma más atractiva posible —en estilo novelado—. Sin embargo, a partir del capítulo 7, la cosa se complica, y es que entramos en el género profético. Veréis que, a partir del capítulo 7, el libro se torna un poco más oscuro, y mi intención es traer la mayor luz posible para que el mensaje quede claro a cualquier persona que lo use para desentrañar este valioso libro.

Pero no os dejéis llevar por el desánimo o la frustración. Os aseguro con todo el corazón que merecerá la pena. El mensaje de Daniel es tan poderoso que lleva dentro la semilla para cambiar el mundo entero y, desde luego, nuestras propias vidas para siempre. Vamos juntos a hacer un esfuerzo para aclarar lo oscuro y recorrer la cortina cósmica para divisar un panorama espléndido en el que comprenderemos mucho mejor los planes de Dios para su pueblo y su mundo.

Para hacer más atractivo e interesante el desarrollo de la historia, me he tomado algunas licencias literarias. En otras palabras, he incluido en la narrativa algunos detalles que no están presentes en el texto bíblico con fines didácticos y aclaratorios. Al hacerlo, he intentado no ensombrecer ni ir en contra de lo que dicen las Escrituras, sino más bien aclarar y brindar un contexto apropiado a la historia para que comprendamos más profundamente lo que estaba ocurriendo en los eventos relatados en la Biblia. Ruego que comprendáis que esos detalles no son inspirados por Dios, y no pretendo que nadie los considere como tales.

Quiero aprovechar esta introducción también para dejar algo absolutamente claro desde el principio: vamos a adentrarnos en aguas turbias. Cuando hablamos de temas proféticos, es necesario que procedamos con la máxima humildad y cuidado posibles. Lo que yo voy a presentar en este libro es mi postura acerca de la re-

velación que Dios le dio a Daniel. Obviamente, mi postura acerca de esta revelación está informada por mi posición teológica como dispensacionalista progresivo.¹

Hay algunas cosas de las que estoy totalmente seguro, como la realidad de que Cristo va a regresar en forma corporal para liberar a los Suyos y juzgar al mundo, o de la resurrección futura de justos e injustos para enfrentar el juicio divino. Pero hay otras cuestiones acerca de las que solo puedo daros la mejor suposición de la que soy capaz, con base en mi estudio de lo que dice la Palabra de Dios y lo que han dicho los que me han precedido. Otros hombres más inteligentes que yo y que buscan agradar a Dios tienen ideas diferentes a las mías, y no hay ningún problema en eso. No estamos hablando de temas de los que dependa nuestra salvación ni por los que merezca la pena perder la comunión. Hablamos de temas respecto a los cuales podemos disentir como hermanos.

No tienes que estar de acuerdo conmigo en absolutamente todo lo que vaya a decir para sacar provecho de este libro. El mensaje más poderoso de Daniel no es el de los detalles, por muy interesantes que estos sean. El centro de este libro radica en la certeza de que nuestro Dios gobierna este mundo y lo guía a un punto específico en la historia en el que él reinará en la tierra para siempre.

1 Los rasgos distintivos más generales del dispensacionalismo son: la defensa de la autoridad de las Escrituras, la creencia en diferentes dispensaciones —disposiciones por las que Dios se ha relacionado con el hombre a través de la historia de la redención—, la importancia única de la Iglesia universal como una entidad diferente de Israel, el énfasis en una interpretación profética futurista y premilenarista y el inminente regreso de Cristo, acompañado de un futuro nacional de Israel. Craig A. Blaising y Darrel L. Bock, *Progressive Dispensationalism* (Grand Rapids, MI: Bridgepoint Books, 1993), 13-21. De entre las particularidades del dispensacionismo progresivo, hay dos que serán de utilidad para comprender mi interpretación en el presente libro: la primera es que el reino de Dios fue inaugurado durante el ministerio de Jesús y este se está cumpliendo desde los tiempos del Nuevo Testamento. El presente estado del reino de Dios es una fase espiritual no definitiva que será culminada con la Segunda Venida del Señor. Entonces se inaugurará la fase terrenal, política y física del reino de la que habla el libro de Daniel. La segunda característica es la visión holística de la redención. Es decir, “la iglesia no es una raza distinguible de la humanidad (como lo son los judíos o los gentiles) ni una nación más (como lo son los judíos o las demás naciones)”, sino que “es precisamente la humanidad misma redimida, tal y como existe en la presente dispensación, antes del regreso de Cristo”. Es decir, en el presente tiempo, no hay razón para contraponer Israel y la Iglesia, porque una es una entidad nacional, y la otra es el cuerpo de los redimidos por Cristo. Hablamos de entidades que no están en la misma categoría. *Ibid.*, 49-50 [traducción del autor].

Este es un libro de estudio. Por eso, tiene un margen ancho para que lo hagas tuyo. De él podrás sacar ideas, reflexiones y comentarios que te ayudarán a comprender mejor el mundo y que te llevarán a tomar decisiones importantes. Por eso, subraya, apunta, dibuja y anota lo que quieras para que el libro sea verdaderamente útil para ti.

Cada capítulo de este libro corresponde a un capítulo del relato bíblico de Daniel, intentando respetar al máximo la historia y el fluir bíblico. Habrá quienes piensen que debería haber parado más a menudo para hacer comentarios o aplicaciones. Quizá tengan razón, pero mi intención es la de interrumpir el relato bíblico lo menos posible con mis ocurrencias. Hay comentarios y explicaciones, pero solo las que considero necesarias para entender el texto bíblico en sí. He intentado que el texto sea el protagonista, y no quiero echarlo a perder con mis interrupciones.

De todas maneras, al final de cada capítulo ofrezco una batería de aplicaciones personales para los creyentes de hoy en día. Podrás encontrarlas en la sección: “¿Qué tiene que ver conmigo?”. Estas aplicaciones emanan directamente del texto y su propósito está en que no solo comprendas qué dice la Biblia, sino que, además, la vivas tal y como el Señor te pide. Aunque no lo creas, hay una cosa peor que desconocer la Biblia, y es conocerla y que tu vida no lo muestre. Esa es la razón por la que cada capítulo termina con la intención de que el texto bíblico impacte de forma clara nuestro día a día.

Quiero agradecer públicamente a Samuel Filgueira, profesor, mentor, amigo y hermano mayor, por darme sus consejos y sugerencias necesarias para la edición de este libro —¡muchas gracias, *hermoso!*—.

De la misma manera, quiero hacer público mi agradecimiento a Josué Pineda. En medio de una situación laboral y personal extremadamente complicada, ha hecho un enorme esfuerzo para la edición de este libro. Para ello, ha tenido que aguantar mi impaciencia

y soberbia en más de una ocasión. Muchísimas gracias por tus buenos consejos y gran trabajo, hermano.

Mi ilusión y oración es que el Dios de Daniel te ayude a mirarle a él como el poderoso faro que da sentido y dirección en medio de la peor de las tormentas. Al pasar la página y comenzar la increíble historia y revelación de Daniel, te adentrarás en un mundo oscuro y terrible, pero descubrirás la mayor de las esperanzas y la más férrea de las seguridades en el Dios altísimo. Así pues, despeja unos minutos de tu vida para, juntos, recorrer el velo y adentrarnos en lo más profundo de la profecía bíblica para descubrir la Mano que mueve al mundo.

En Alcalá de Henares,
Miguel Ángel Pozo Plumed

Capítulo 1

El Rey de imperios

(Daniel 1)

Humo... Un humo negro inundaba cada rincón de la ciudad. No había una calle donde faltase algún edificio que ardía. Apenas se podía ver, lo que hacía que todo se tiñera de un tono pardo que animaba a la desesperanza. El humo se adhería a la piel, a los pulmones y al corazón. La tos no podía abandonar a los habitantes de la santa ciudad. La luz del Altísimo había sido cambiada por la oscuridad de la guerra.

Sangre... Si había un color que resultaba más pavoroso que el negro del humo era el rojo de la sangre. Las calles estaban teñidas de un color escarlata. La sangre seca se pegaba a los pies de los pobres desgraciados que aún andaban, algunos sin rumbo ni meta alguna. Esta ciudad estaba acostumbrada a la sangre, pero a la sangre de los animales sacrificados en el templo, no a la sangre de sus propios hermanos e hijos.

Muerte... Ese era el telón de fondo. La muerte había hecho presa del pueblo de Dios. Los enemigos del Altísimo habían vencido, habían arrasado. Y ya nada podía detenerlos. Bebés muertos yacían salpicados por las calles. Madres sin lágrimas que derramar, estaban hundidas en su miseria y esperaban ansiosamente que una espada misericordiosa las reúna con sus pequeños. La valentía de

los judíos había sido pisoteada. El orgulloso pueblo de Jacob había sido postrado y la espada del rey de Babilonia amenazaba con la destrucción total.

Nuestra historia comienza con un pueblo que enfrenta su propia destrucción: el pueblo de Daniel. Ellos eran los mismos descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, los receptores de la ley de Dios, el pueblo escogido por el Creador. No era una nación más. No hablamos de un reino como el resto de los que moran en la tierra, sino de la nación que fue liberada por Yahweh de la esclavitud en Egipto para ser sus representantes en la tierra.

Pero ahora, ¿qué quedaba de aquella nación escogida, más que las cenizas humeantes? Después de la muerte del rey Salomón, el pueblo de Dios se separó en el reino de Israel, al norte, y el de Judá al sur (1 R. 11:41–12:20). Samaria, la capital del norte ya había sido conquistada por el rey Salmanasar V de los asirios en el 722 a. C. y llevada a un exilio del que aún no había vuelto (2 R. 17:3-6).¹ Ya sólo quedaban los judíos. Ya sólo quedaba Jerusalén, la ciudad de David. No era mucho, no eran fuertes, pero aún había hijos de Jacob en la Tierra Prometida. La nación aún estaba en pie. El pueblo de la promesa seguía en la tierra. Más aún, después de la caída de Samaria y del reino del norte, aún había un descendiente de David sentado en el trono de Sion —hasta ahora—. La tragedia era tan desoladora que no hay llanto para describirla, no hay plañideras que lo aguanten. Toda la esperanza corría rauda a despeñarse junto con la sangre de los judíos ladera abajo del monte del Señor.

La ciudad de Jerusalén aún resistiría algunos años más. Sus muros seguían en pie y el templo de Salomón aún era parte de la línea del horizonte al mirar a Sion. Pero el pueblo de Dios había perdido su independencia por primera vez desde que el valiente Josué los liderase en la conquista de la tierra hacía ya casi un milenio. El de-

¹ Samaria continuó existiendo como una provincia dependiente del Imperio asirio, usando una política de mezclar a los pueblos para eliminar identidades nacionales que constituyeran gérmenes de levantamientos nacionalistas. Leon Wood, *A Survey of Israel's History* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1970), 333-334.

sastre era desolador. Ese era el final de una bella historia en la que el pueblo de Dios había gozado de la tierra que Dios le dio como posesión perpetua. Parecía que un futuro sombrío de oscuridad, cadenas y olvido perpetuo se cernía sobre los que Dios había escogido.

Jerusalén era una ruina. Los omnipotentes ejércitos babilonios poseían todo lo que pisaban sus pies. Los tesoros del templo eran expoliados por manos paganas. Ahora, Jerusalén pasaría a ser una pequeña parte del extenso reino de los mesopotámicos.

Ahí es donde encontramos a un joven Daniel, caminando a trompicones, mientras sale por una de las puertas de la Jerusalén que lo vio nacer, en medio del humo, la sangre y la muerte. En medio del escenario más dantesco posible, sin esperanza a la vista, un jovencísimo judío de lo que había sido una familia noble de Judá, camina encadenado a sus amigos. Un muchacho con la cara negra del humo surcada por los ríos que caían de sus ojos avanza, arrastrando los pies embarrados de la sangre de los suyos, paso a paso, alejándose de todo lo que ha visto, aprendido y amado durante toda su vida. Ahora, rodeado de los miles de hombres que han destruido su hogar, se encaminaría —a través de ríos y desiertos, montes y valles— a la que será su nueva casa, pero jamás su hogar. Su hogar siempre estaría en Jerusalén. Atrás quedó su madre gritando que no lo arrancaran de sus brazos. Atrás quedó su padre que le enseñaba acerca de la fidelidad de Dios. Atrás quedaba la vida.

Daniel, con la última de sus fuerzas, giró la cabeza para contemplar una última vez a Sion: la orgullosa ciudad estaba irreconocible. ¿Qué había sido del trono de David? ¿Qué había sido de la misericordia del Dios de los judíos?

Daniel lo sabía. La desobediencia obstinada de los receptores de la misericordia de Dios había desembocado en un más que merecido destino. Dios los había escogido, bendecido y multiplicado, pero ellos habían usado esa bendición para ir en contra de la fuente

de su bien. Y Dios nunca pasa por alto las ofensas de los que escoge. Si escoge a alguien, siempre espera más de él que de los demás. La elección divina siempre va acompañada de altas expectativas y responsabilidades.

Pero los judíos habían fracasado. Se habían prostituido detrás de otros dioses. Habían participado en las fiestas religiosas de los demás pueblos. Habían entregado a sus hijos en sacrificios a los dioses abominables. Daniel lloraba amargamente, pero sabía que Dios seguía siendo justo. Daniel se lamentaba, pero entendía que ellos se lo habían ganado. ¡Qué negro espectáculo de esclavitud, muerte y desolación! ¡Qué oscuro horizonte! Pero no se dejen engañar, este negro telón de fondo es el comienzo de la más deslumbrante de las historias. Así es como Dios hace las cosas grandes. Cuando el Señor quiere dejar claro que él es el protagonista, comienza a construir sobre los escombros de la estupidez humana. Y, para hacerlo, usa los instrumentos más inesperados.

Trasfondo histórico (Dn. 1:1-2)

Nabucodonosor era el general de los ejércitos de la potencia emergente: el Imperio babilónico. Siendo hijo del emperador Nabopolasar, Nabucodonosor se disponía a expandir el imperio desde Mesopotamia hacia el occidente. Su meta era doble: por una parte, conquistar la fachada oriental del Mediterráneo, con las grandes riquezas que provenían del comercio, y por otra, derrotar a la potencia que competía en poder con su reino, los egipcios. Así, se enfrentó al Faraón Neco en mayo o junio del 605 a. C. Esta batalla decisiva se saldó con la derrota de los egipcios, así que las manos de Nabucodonosor quedaron libres para apoderarse de los pequeños reinos que habían estado en la órbita de poder egipcio hasta entonces.² Este es el caso de Judá.

2 Después de esta decisiva batalla en la que venció Nabucodonosor, el poder babilónico se expandió por toda la cuenca oriental del Mediterráneo, cayendo entonces Judá bajo el cetro de Babilonia. Rocío da Riva, *Babilonia: Una introducción a su historia más reciente [900-539 a. C.]* (Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2022), 138-140.

Cuando Nabucodonosor sitió Jerusalén, el rey Joacim rindió la capital a cambio de una serie de condiciones. La primera era que, aunque Judá seguiría existiendo, perdería su independencia y se convertiría en un protectorado tributario de Babilonia. Otra de estas condiciones era la de tomar a algunos de los hijos de los judíos más influyentes para que fueran a Babilonia. Este fue el primero de los tres exilios que sufrirían los judíos a manos de Nabucodonosor.³ La última de las condiciones era que varios de los utensilios del templo serían también llevados a la capital, Babilonia, y serían puestos en el templo de Marduk, el dios favorito de Nabucodonosor.⁴

Al principio de la historia vemos lo que será la tónica general durante todo el libro. La terrible y pavorosa realidad de la capitulación de los judíos esconde un mundo muy activo que no es visible a los ojos. Todas las victorias de Nabucodonosor, la claudicación de los judíos, el exilio de los jóvenes y el expolio del templo de Salomón esconden una realidad oculta. Y es que Nabucodonosor no derrotó a Joacim, sino que Dios lo venció por él, y se lo estaba regalando.

En el mundo antiguo, específicamente en el Cercano Oriente, existía una manera de entender las religiones y la acción de los dioses. Cada pueblo tenía sus propios dioses, y estos dioses los cuidaban si el pueblo los servía adecuadamente. Cuando había guerras entre pueblos, en realidad, eran los dioses que estaban peleando entre sí, utilizando a los hombres como peones.⁵ Así, el hecho de que Nabucodonosor derrotara a Neco era una señal de que los dioses babilonios estaban derrotando a los egipcios. La verdad es que, en

3 La segunda de estas deportaciones tuvo lugar en el año 598 a. C., cuando Nabucodonosor saqueó la ciudad y se llevó a la familia real y a la mayoría de los habitantes de Judá, dejando solo los más pobres, poniendo a Sedequías como rey sobre ellos (2 R. 24:8-16). La tercera de las deportaciones ocurrió en el 586 a. C., cuando Sedequías se unió a una confederación en contra de los babilonios. Como resultado, Jerusalén fue destruida (2 R. 24-25). E. W. G. Masterman, *The International Standard Bible Encyclopaedia*. Ed. por James Orr et al. (Chicago, IL: The Howard-Severance Company, 1915), «Jerusalem».

4 Stephen R. Miller, *Daniel*, vol. 18, *The New American Commentary* (Nashville, TN: Broadman & Holman, 1994), 58-59.

5 Michael S. Heiser, *The Unseen Realm: Recovering the Supernatural Worldview of the Bible* (Bellingham, WA: Lexham Press, 2015), 296-306.

un sentido, no estaban muy mal encaminados, pero ya llegaremos a eso.

Teniendo en cuenta esta concepción, resulta sumamente interesante ver lo que ocurre con los judíos, pues son entregados a otra nación —y, por lo tanto, a otros dioses— por su propio Dios, Yahweh. Es decir, la derrota de los judíos no se debe a la derrota del Dios de los judíos, como solía ser el caso, sino que se debe a la deliberada voluntad de su Dios de hacerles caer. Pero aún hay más. No solo estaba diciendo que Dios era el causante de la ruina de su propio pueblo, sino que él lo había hecho entregándoselo a Nabucodonosor. El mensaje aquí es que el general babilonio no había anexionado Judá por su genio militar, ni por el poder de su fuerza, sino por un deseo divino que nada tenía que ver con él. En otras palabras, el protagonista de esta historia, a pesar de lo que pudiera parecer a simple vista, no era otro que el Dios de los judíos. De hecho, si se mira correctamente, el protagonista de todas y cada una de las historias que valen la pena, no es otro que el mismo Creador.

Ese mismo año, poco después de la derrota del faraón, Nabucodonosor tuvo que volver apresuradamente a su tierra. Un gran cambio estaba teniendo lugar en el mundo: su padre murió en agosto, y eso forzó al general y heredero al trono a acudir a Babilonia. Nabucodonosor el Grande, el conquistador del mundo, ascendía al poder imperial.⁶ Este brillante militar, administrador y estadista estaría destinado a cambiar la historia global y sería el protagonista de los sucesos mundiales que acontecerían durante los siguientes años, si no siglos.

Así que el pueblo de Judá, los herederos de las promesas divinas, habían sido derrotados, arrasados y humillados. Los tesoros del templo del Dios santísimo adornaban los templos paganos como un símbolo de la ruina más absoluta. Unos jóvenes eran arrancados de los brazos de sus padres para ser las marionetas de los impíos saqueadores. No había lágrimas en el mundo para expresar la agonía

6 Da Riva, *Babilonia*, 140-141.

de aquellos muchachos que se enfrentaban a un futuro negro lejos de la Jerusalén que había sido su hogar, lejos de las familias que los habían amado. Parecía que todo estaba perdido. Y todo era consecuencia directa de la desobediencia del pueblo escogido y, como consecuencia, de la deliberada voluntad de su Dios de hacerles caer.

Los exiliados (Dn. 1:3-7)

Así pues, nuestra historia comienza con el amargo final de otra. En medio de aquellos muchachos temerosos, aterrados y derrotados estaba alguien que había sido escogido para recorrer un velo cósmico que hoy, más de dos milenios y medio después, sigue admirándonos y sorprendiéndonos. Había alguien destinado a prever la historia como nadie había hecho jamás. Había alguien que impactaría el futuro como muy pocos desde el principio de los tiempos. Pero ya llegaremos a eso.

Aspenaz era el jefe de los “oficiales” o eunucos. A él se le dio el encargo de que escogiera, de entre las familias nobiliarias y la casa real de Jerusalén, a los mejores muchachos. Ellos debían ser guapos, sanos, inteligentes, bien educados, prometedores y perfectos para el servicio al rey de Babilonia. Según los escritos de un historiador judío del siglo I d. C., Daniel era de la misma familia real de Sedequías.⁷ Así que lo que se llevó este Aspenaz a Mesopotamia era lo mejor de lo mejor de entre los jóvenes judíos.

Lo que ellos hicieron con esta jugada tiene una intención múltiple. Por una parte, ahora tenían como rehenes a los hijos de los líderes de los judíos, con lo que se lo pensarían dos veces antes de sublevarse contra el poder babilónico. Por otra, arrebataban a los judíos a sus mejores jóvenes, reduciendo la posibilidad de que surgiera un nuevo libertador de los israelitas en unos años. Y, para terminar, ahora esos jóvenes judíos verían la superioridad de la cultura babilónica, tendrían oportunidad de estudiar la lengua, la historia,

7 J. Braverman, *Jerome's Commentary on Daniel: A Study of Comparative Jewish and Christian Interpretations of the Hebrew Bible* (Washington, D.C.: Catholic Biblical Association of America, 1978), 67-68.

la astronomía y las leyendas de aquella sociedad que hundía sus raíces milenios atrás en la legendaria Sumeria. Así pues, después del entrenamiento que les tenían preparado, estos jóvenes habrían sido asimilados dentro de la civilización superior que les había conquistado y podrían hablar a los suyos de la grandeza de Babilonia. Su intención, en definitiva, era eliminar todo rastro de la cultura de la que venían aquellos jóvenes para que fueran los embajadores perfectos delante de los suyos.

Ahora, Daniel y sus amigos: Ananías, Misael y Azarías, ya no eran los hijos de los mandamases de Jerusalén. Ahora eran unos apátridas.⁸ Ahora eran esclavos del todopoderoso rey de Babilonia. Ahora sus raíces estaban siendo taladas de un golpe. Hasta sus nombres, cuyo significado hacía referencia a la esperanza y confianza en Dios, fueron cambiados a nombres que expresaban adoración y confianza en dioses ajenos.⁹ Posiblemente, con unos 13 o 14 años,¹⁰ estos chicos fueron sumergidos en la más perversa de las culturas para aprender, no sólo las lenguas caldeas y acacias, sino también leyendas paganas, rituales mágicos de adivinación y toda una serie de conocimientos ocultos y místicos que atentaban directamente contra el Dios judío.

La prueba (Dn. 1:8-16)

Nabucodonosor se tomó muy en serio la educación y el bienestar de los huéspedes forzosos recién llegados desde Judea. Ellos recibie-

8 Es decir, alguien que no tiene patria, que no pertenece a ningún sitio.

9 Mientras que Daniel significa: “Dios es mi juez”, Beltsasar significa “Bel, protege su vida”, en referencia al dios Marduk. Ananías, significa: “Yahweh tiene gracia” y el nuevo nombre que le dieron, Sadrac, significa: “mandamiento de Aku”, en referencia al dios de la luna. Misael significa: “¿quién es como Dios?”, mientras que Mesac significa: “¿quién es lo que es Aku?”, es decir, el equivalente a su nombre hebreo, pero transformado para honrar al Dios Aku. Por último, Azarías significa: “Yahweh ayudará” y Abed-nego significa: “siervo de Nebo”, en referencia al dios que ocupaba el segundo puesto en autoridad en el panteón babilonio. Tremper Longman III, *Daniel*, The NIV Application Commentary (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1999), 50-51.

10 Este era el tiempo en el que comenzaban los estudios superiores los muchachos en la antigua Persia, así que es lógico suponer que los babilonios también comenzaban sobre esta edad. J. A. Montgomery, *The Book of Daniel*, International Critical Commentary (Edimburgo: T&T Clark, 1927), 122.

ron la instrucción que se les daba a los que llegarían a ser líderes de entre los babilonios. El tiempo de esta educación solía ser de unos 3 años. Durante este tiempo, se les asignaría una ración de la comida real, es decir, la mejor comida de la época. Era como comer y cenar a diario en restaurantes con estrella Michelin. Desde luego, el rey quería impresionar a estos chicos, así como tenerlos bien nutridos.

Pero aquí Daniel da un paso que no podíamos haber previsto: “se propuso en su corazón no contaminarse con los manjares del rey ni con el vino que él bebía” (Dn. 1:8) y pidió ser dispensado de la obligación de comer esta comida. En su lugar, llevaría una dieta estrictamente vegetariana y solo se alimentaría de vegetales. Quizá se pregunten: ¿por qué se negó a comer los manjares reales? Pero lo que a mí me llama poderosamente la atención es, ¿por qué hasta ahora no se había negado a nada?

Me explico. Daniel había sido arrebatado de la Tierra Santa y llevado a Babilonia. Hasta este momento, hemos visto a Daniel transigir en cosas que jamás se nos hubiera ocurrido en una persona piadosa. Por ejemplo, le habían cambiado el nombre de Daniel, que significa: “Dios es mi juez”, a Beltsasar, que significa algo así como “que Bel (un dios babilonio) proteja la vida del rey”. Daniel estaba estudiando rituales impíos para, por ejemplo, conocer la voluntad de los dioses mirando las vísceras de animales recién sacrificados.¹¹ ¡Hasta había sido hecho un eunuco! Y ahora, de repente, ¿se pone exclusivo con la dieta? Si Daniel estuvo dispuesto a transigir con lo demás, ¿por qué con la dieta no?

El problema era doble. Por una parte, los alimentos no se preparaban de la manera que estipula la ley de Dios. Por ejemplo, se comían animales impuros según la ley de Moisés, animales que no debían comer los judíos. Pero, además, los animales que sí que podían comer, no se sacrificaban de la manera que Dios mandaba. En cambio, se sacrificaban a dioses falsos para después ser cocinados.¹²

Daniel tuvo claro dónde estaba la línea que no debía cruzar.

¹¹ Longman III, *Daniel*, 49-50.

¹² *Ibid.*, 51-54.

No fue intransigente con cosas que, quizá, a nosotros nos hubieran causado más rechazo. La sabiduría de Daniel en relación con dónde trazar esa línea de hasta dónde estaba dispuesto a aceptar, es asombrosa. Él decidió ser fiel a su Dios en medio de aquella cultura hostil, pero sin cerrarse completamente al mundo que se le abría por delante. Daniel aceptó seguir adelante en todo aquello que Dios no le hubiera prohibido, pero fue tajante con lo que Dios esperaba de él. Daniel comprendió hasta dónde llegaba su libertad y dónde la obediencia a su Señor no le permitía pasar. Él decidió confiar en su Señor en tierra extraña, aunque hubiera sido muy sencillo transigir y asimilarse a los babilonios. Después de todo, según parecía, ellos eran los que habían vencido, eran los líderes del momento.

Daniel decidió no contaminarse de una manera inteligente, respetuosa y sin mostrar rebeldía ni llamar la atención. Pero, más importante que eso, Daniel decidió hacerlo teniendo el favor de Dios. Él fue a hablar con su superior, Aspenaz, y le pidió “que le permitiera no contaminarse” (Dn. 1:8). Supongo que Daniel le explicó cuáles eran los reparos que ellos tenían. No le dijo sencillamente que no quería, o que Dios no se lo permitía. Le explicó la razón y por qué el comer esos alimentos significaría su contaminación, según la ley de Moisés.

Pero Aspenaz tenía miedo. Nabucodonosor se había tomado muy en serio el cuidado y la tutela de aquellos muchachos. Si el líder de los eunucos no estaba siguiendo las órdenes reales y, como consecuencia, ellos tenían un peor aspecto o estaban peor cuidados que los demás, sería su propia cabeza la que rodaría. Así que, en un principio, la respuesta de Aspenaz fue negativa. Daniel y los suyos deberían seguir comiendo lo mismo que los demás, lo mismo que el mismo rey del mundo.

Aun así, Daniel no entró en pánico. Él ya había trazado un plan. Daniel confiaba en Dios, gozaba de su beneplácito, pero también era un hombre sabio y pragmático. Había pensado ya en qué le diría a su superior: le propuso que hiciera una prueba que no le

comprometería. Durante sólo 10 días, Daniel y sus amigos comerían exclusivamente vegetales y beberían agua. Después, Aspenaz comprobaría cómo estaban aquellos jóvenes. Si no los veía más apuestos y sanos, aceptarían comer de lo que el rey ordenaba. En cambio, si ellos tenían mejor aspecto, podrían seguir alimentándose de esa manera. Parecía una buena idea. Sólo tenía que ganar, no había riesgo alguno para el oficial. Así que aceptó. Es asombrosa la sabiduría, la sangre fría y la valentía de este muchacho, Daniel. Durante 10 días, los 4 jóvenes sólo se alimentarían de vegetales y beberían agua, dejando de lado las suculentas carnes y vinos exquisitos llegados desde los confines del imperio. Después, Aspenaz decidiría.

La prueba salió bien. El oficial babilonio vio que, de hecho, aquellos muchachos estaban más rellenos, mejor alimentados, más sanos, con un mejor color que los demás. Así pues, Daniel y sus amigos recibieron permiso para tener esta dieta especial durante el resto de su instrucción.

Es evidente que comer de forma más sana siempre es una buena idea. De hecho, debemos cuidar nuestro cuerpo y nutrirlo de forma saludable. Aun así, no pienso que el secreto de Daniel sea el que se hizo vegetariano, como a algunos vegetarianos les gustaría que fuese. De hecho, los judíos no podían ser vegetarianos, siempre que tuvieran acceso al templo para poder cumplir completamente las condiciones del Pacto de Sinaí. Ellos estaban obligados a comer carne en momentos señalados como, por ejemplo, el cordero de Pascua (Ex. 12:1-28).

El secreto de Daniel no fue el vegetarianismo. Su secreto fue que tomó la determinación de respetar y honrar a Dios en medio de una cultura hostil. El secreto de Daniel no fue una alimentación determinada, sino un corazón determinado. Dios honra a quien le honra (1 S. 2:30), y aquí tenemos un caso práctico. Dios jamás va a pasar por alto un acto de lealtad sincera hacia él.

Bendición de Dios sobre Daniel y sus amigos (Dn. 1:17-21)

Los muchachos judíos solicitaron el favor de poder alimentarse solo de vegetales, y Dios se lo concedió. Quizá alguno piense que ese no es un gran regalo, pero venía acompañado de otros regalos mucho más suculentos. En medio de su estancia en el “instituto de líderes” de Babilonia, Dios les concedió el ser los primeros de la clase, con mucha diferencia. Fueron capacitados de forma especial con “conocimiento e inteligencia en toda clase de literatura y sabiduría” (Dn. 1:17). Como comentábamos, algunas de las cosas que ellos tenían que aprender tenían que ver con ceremonias paganas y macabras relacionadas con la religión babilonia. Pues bien, ellos eran los que mejor conocían esas religiones, los que mejor entendían el significado de las ceremonias. Dios les concedió una capacidad sobrenatural para absorber como esponjas todo aquel conocimiento.

Daniel tendría un obsequio especial, uno que cambiaría su historia, uno que cambiaría la historia de Babilonia, uno que cambiaría la historia del mundo. Se “le dio la capacidad de entender toda clase de visiones y sueños” (Dn. 1:17). Este regalo era importantísimo. Para los babilonios, la manera en que los dioses se manifestaban y se comunicaban era por medio de visiones y sueños.¹³ Esto quiere decir que Dios le concedió a Daniel la llave para que aquella cultura malvada le tomara en serio y creyeran que él hablaba de parte de los mismos dioses. Esta capacidad estaba otorgando a Daniel una plataforma incomparable para que fuera escuchado a las más altas instancias. De nuevo, encontramos otro recordatorio de la enorme realidad que guía el relato en este libro: *Dios está obrando. Dios es el rey de imperios. Dios es el protagonista de la historia. Dios tiene un plan.*

Así que los jóvenes judíos terminaron su periodo de formación. Y, como en cualquier otro instituto, al terminar el curso viene el examen. Este examen final tuvo que tomarse delante del mismísimo

¹³ Miller, *Daniel*, 70.

emperador del mundo, Nabucodonosor el Grande. Él los entrevistó concienzudamente y aprobaron con matrícula de honor. Tanto es así que Nabucodonosor comprendió que estos muchachos eran “diez veces superiores a todos los magos y encantadores que había en todo su reino” (Dn. 1:20). Fíjate en lo que estaba pasando aquí. ¡Acababan de graduarse y el rey los consideraba muy superiores a los consejeros y sabios que llevaban sirviendo en el palacio durante décadas! Posiblemente esto tiene mucho que ver con lo que veremos en el capítulo segundo, pero no adelantemos acontecimientos.

Desde luego, Dios había honrado a los jóvenes que querían honrarle. Lo había comenzado a hacer y seguiría haciéndolo mucho tiempo más. Daniel estuvo sirviendo en el palacio a los emperadores hasta el primer año de Ciro, el conquistador de Babilonia. Durante el resto de la historia babilónica, Daniel estaría allí. De hecho, él sería testigo de excepción de cómo cambia el mundo.

Aquel niño arrancado de los brazos de sus padres viviría para ver tiempos mejores. Aquellos ojos rotos de dolor vislumbrarían maravillas que nadie había soñado. Daniel, el pobre esclavo en tierra extraña, aún tendría 70 años frenéticos por delante.

¿Qué tiene que ver conmigo?

Dios es el punto de partida de nuestra apasionante aventura. Él es quien está obrando. El Señor está en control de la situación, incluso cuando la vemos más descontrolada. Esta historia comienza con el pueblo de Dios en plena desintegración, pero desde el principio y hasta el final, tiene la perspectiva constante de un Dios soberano. Muchas veces enfocamos este capítulo como el de la sabiduría de Daniel, el muchacho que se mantuvo puro en medio de una cultura hostil. Pero, siendo verdad que Daniel es un gran ejemplo, perdemos de vista lo realmente importante aquí. Daniel no es el protagonista. *Lo primero y más importante que podemos ver en esta historia es que hay un Dios poderoso, y tiene un plan.* Hay un Dios soberano que mueve imperios para lograr sus objetivos. Y, más im-

portante, este Dios es el mismo que está con nosotros, sea cual sea nuestra situación.

Lo que vamos a estar haciendo en el resto del capítulo es acercar a nuestras vidas lo más posible lo que hemos estado aprendiendo acerca del primer capítulo de Daniel. Con base en ello, voy a ofrecerles cinco aplicaciones personales para que las enseñanzas cobren vida en sus experiencias personales. En definitiva, vamos a tomar buenas decisiones basadas en la realidad de la revelación bíblica.

Ten una perspectiva correcta

Según el segundo versículo, el tesoro que sacaron del templo de Jerusalén fue llevado a “la tierra de Sinar, a la casa de su dios” (Dn. 1:2). Esta afirmación tiene mucho más de lo que parece a simple vista. En Génesis 11:2, encontramos la primera vez que esta expresión se halla en la Biblia. Nos encontramos ante la construcción de la torre de Babel, en “la tierra de Sinar”. Este fue el intento humano de dar la espalda a las directrices divinas, de hacer las cosas a su manera. También, al final de la Biblia, en Apocalipsis 17-18, hallamos a Babilonia la grande como la cristalización de la cultura antagónica a Dios, y a la que Dios va a juzgar y destruir por sus impiedades. Se la llega a llamar “la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra” (Ap. 17:5). Este es el mensaje que la Biblia nos deja del lugar al que iban los judíos. Un lugar que resume perfectamente lo que significa rebelarse contra Dios, un lugar que siempre representa la oposición al Creador. Allí es a donde Dios mandó a Daniel. Allí fue donde Daniel decidió no contaminarse.

Nosotros también vivimos en un mundo que, perfectamente, podría considerarse como uno que está “en la tierra de Sinar.” Un mundo rico en impiedad, en inmoralidad, en rebeldía y en todo lo que se levanta contra Dios. Quizá pensemos que, en este mundo, lo que debemos hacer es cerrarnos, o crear guetos propios ajenos a lo que hay fuera. Pero esa no es la respuesta. Lo primero y más importante que podemos hacer con respecto a este mundo es tener una

perspectiva correcta respecto a Dios. *No tomaremos decisiones correctas sin una perspectiva correcta.* Nuestro Dios es el que gobierna la historia, la Mano que mueve al mundo. Nada puede hacerte vivir de una manera diferente tanto como el creer en un dios diferente. Si crees en un dios que es víctima de las circunstancias, tomarás eso en cuenta a la hora de tomar decisiones. Si crees en un Dios que maneja las circunstancias, dejarás que eso influya en cómo vives. Dime cómo vives, y te diré cómo es tu dios.

Puede parecer que, desde la perspectiva humana, Nabucodonosor estaba venciendo. Pero Daniel nos muestra a Dios detrás del telón, moviendo los hilos para lograr imponer su voluntad. La situación terrible con la que arranca esta historia no impide que Daniel confíe en Dios y que sea bendecido ricamente. Él sabe que Dios es soberano y es digno de su confianza.

De la misma manera, nosotros podemos tomar la decisión de cambiar nuestra perspectiva y de intentar ver más allá, elevar la vista para lograr entender que hay más de lo que entendemos ahora. Para ello, debemos informar nuestra manera de entender el mundo con la Palabra de Dios, no con lo que vemos en la televisión. Debemos confiar en oración activamente nuestras vidas y nuestros futuros al Señor del universo, y debemos hacerlo a diario. Dios no está en crisis. Así que tú tampoco deberías estarlo.

Sé valiente

Daniel tomó una decisión valiente. Él tomó una decisión que, seguramente le pondría en mal lugar con sus compañeros. Posiblemente había algunos judíos que no querían llamar la atención, sencillamente querían integrarse y hacer lo que les pedían que hicieran. Después de todo, ya no estaban sus padres ni los líderes religiosos detrás de ellos. Pero Daniel no lo hizo así. Y no lo hizo porque tuviera alguna capacidad sobrenatural. Lo hizo sencillamente porque tenía una idea correcta de quién y cómo era su Dios. Fue su perspectiva divina la que lo movió a tomar sus decisiones. Su carácter

valiente fue fruto de saber que había un Dios poderoso y digno de confianza detrás de él, fuera cual fuera la circunstancia.

Esta decisión que tomó Daniel no se limitó a decir “no” a todo lo que se le ponía por delante. Como decíamos anteriormente, si lo pensamos, una de las cosas que más debe llamarnos la atención es precisamente en lo que Daniel transigió. Aceptó el cambio de nombre del que ya hablamos. Aceptó hacerse eunuco, con todo lo que ello significa. Aceptó el estar aprendiendo conjuros con los que, por ejemplo, sería capaz de comunicarse con los espíritus de los muertos. ¡Y fue el mejor de la clase!¹⁴

Daniel supo dónde trazar la línea que no estaba dispuesto a sobrepasar. Esa debe ser una virtud que compartamos con él. En Mateo 10:16 Jesús dice que envía a sus seguidores en medio de un entorno hostil (como aquel al que se enfrentó Daniel), así que eso debe hacer que seamos “astutos como las serpientes e inocentes como las palomas”. Es decir, debemos ser inteligentes mientras buscamos apartarnos del mal.

Jesús nos llama a vivir en el mundo, mezclados en medio de una sociedad impía, pero con la sabiduría suficiente como para no ser como aquellas personas a las que intentamos ganar para Cristo. Juan 17:11-17 guarda una oración de Jesús precisamente en este sentido: estar en el mundo, mientras somos guardados del mal. Pero ¿cómo podemos hacer esto? ¿De qué manera trazamos nosotros la línea correcta entre lo que debemos transigir para estar en el mundo y lo que debemos rechazar para ser guardados del mal?

Hay cristianos que ponen demasiado énfasis en que no somos del mundo. Por ejemplo, hay algunos cristianos que piensan que un hijo de Dios no debe cortarse el pelo de determinada manera, o que no debe vestirse con alguna prenda en concreto. Cuando yo he preguntado la razón a una de estas personas, sencillamente me han dicho que el pelo así es la moda del mundo, y nosotros no debemos

¹⁴ No afirmo que Daniel transigiera la ley de una manera tan flagrante como para él mismo comunicarse con los muertos ni que hiciera ningún sortilegio mágico. Lo que afirmo es que, desde luego, *aprendió* cómo hacerlo. Esa era una de las disciplinas obligatorias para los sabios como él y sus logros a nivel académico fueron sobresalientes. Longman III, *Daniel*, 49-50.

seguir la moda del mundo, sino que debemos ir contra el mundo. Ellos están rechazando el “estar en el mundo”.

En cambio, hay otros cristianos que ponen demasiado énfasis en que seguimos estando en el mundo, así que viven de forma indistinguible de cualquier otra persona. Enfatizan la libertad que tenemos en Cristo para tener un comportamiento y llevar prácticas que están claramente contra las enseñanzas bíblicas. Ellos están rechazando el “apartarse del mal”.

Lo cierto es que vivimos en una constante tensión entre estas dos realidades: que estamos en el mundo pero que no somos del mundo. Esa tensión nos lleva a muchos interrogantes, por ejemplo: ¿Llevamos a nuestros hijos a la escuela pública, donde van a ser adoctrinados en cuestiones claramente anticristianas como la ideología de género, el aborto o la homosexualidad o preferimos llevarlos a una escuela cristiana donde, en principio, van a estar a salvo de todo eso? ¿Únicamente debemos leer libros cristianos —o cuyos autores tengan una vida intachable— o es lícito que leamos otro tipo de libros? ¿Está bien que tengamos amistades no cristianas, o solo debemos relacionarnos con aquellos que confiesan a Cristo y tienen una teología conservadora?

Educa a tus hijos

Este es un tema que daría para escribir otro libro, como podrán comprender. Pero creo que ninguno de los dos extremos es bueno. Es decir, lo importante no es si llevamos a nuestros hijos a un colegio u otro. Mis hijos estudian en un colegio público y soy plenamente consciente de que van a enseñarles mentiras. Yo estudié en un colegio público y me las enseñaron antes que a ellos. Eso quiere decir que yo debo hacer un especial esfuerzo por enseñar la verdad a mis hijos.

El estar en un colegio público nos ayuda a conocer familias de nuestra edad con las que podemos tener una relación y ellas tendrán una oportunidad de conocer a Cristo. Esa oportunidad no la

tendría si todos los compañeros de clase de mis hijos pertenecen a familias cristianas o si hicieran el colegio en casa. Lo mismo ocurre en cuanto a los libros. Me encanta la novela histórica, así que devoro libros de ese género. Cuando surge un libro candente del que todos hablan, siento que debo leerlo y estar preparado para hablar de él cuando alguien me pregunte.

Es decir, en sí mismo no es mejor ir a la escuela pública o educar a los niños en casa. No es mejor leer algún libro no cristiano. Debemos ser sabios y buscar honrar a Dios con todo lo que hacemos. Yo conozco la teoría de la evolución porque la aprendí en el colegio, así que sé cómo refutarla desde dentro. En la universidad aprendí por qué muchos eruditos piensan que Moisés no escribió el Pentateuco de boca de un firme defensor de esta teoría, así que he aprendido lo que piensan. Pero a la vez, he comprendido cuál es la verdad en cuanto a estos temas. He estudiado mi Biblia y he leído buenos libros cristianos sobre el tema y ahora estoy más preparado que si no hubiera estado en esas clases o si me hubiera escondido del mundo en ese sentido.

En cuanto a la educación de tus hijos, lo más importante es: Número uno, ora por ellos. Ora incesantemente. Cuando el hombre trabaja, el hombre trabaja. Cuando el hombre ora, Dios trabaja. Número dos, busca a Cristo para tu vida. Intenta ser un buen ejemplo para ellos viviendo tu fe con todas tus fuerzas. De la misma manera que, cuando estás en un avión con un niño, te aconsejan que primero te pongas tú la mascarilla de oxígeno para después ponérsela a él si hay problemas, primero busca tú a Cristo y modela a Cristo para tus hijos. Jamás intentes que ellos vivan y sean lo que tú no estás dispuesto a ser. Número tres, no dejes a nadie más la tarea de educarles —¡jamás!... a nadie—. En la escuela les enseñarán cosas buenas y malas. Ni siquiera debemos delegar nuestra responsabilidad a la iglesia a la que asistamos. Enséñales quién es Cristo, enséñales del pecado de ellos, enséñales cómo tener vida eterna, enséñales que su identidad depende de su Creador, lee la

Biblia con ellos, ora con ellos. *Bajo ningún concepto dejes al gobierno que eduque a tus hijos, porque los convertirá en hijos del gobierno, no tuyos. Bajo ningún concepto pienses que una hora de escuela dominical es suficiente para luchar contra las horas y horas en que el mundo adoctrina a tus hijos.*

En definitiva, la línea que debes trazar en cuanto a la educación de tus hijos no tiene que ver con dónde estudien, ni necesariamente quiénes sean sus amigos. La línea que debo trazar en cuanto a la educación de mis hijos significa tomar el firme compromiso de que yo voy a ser el que, con amor, paciencia y misericordia, va a educar a mis hijos en el conocimiento de la Biblia, el respeto a Dios y el amor a los demás. No voy a delegar mi tarea sagrada en nadie más.

Un mensaje especial a los jóvenes

Todos los jóvenes que leen el libro de Daniel pueden encontrar en este capítulo un maravilloso ejemplo de cómo deben comportarse piadosamente en medio de un mundo impío. Daniel vivía en medio de una cultura extraña que le empujaba a vivir de espaldas a Dios. Pero eso no fue una excusa para Daniel. Él no se encerró en sí mismo. Él no se vendió por un plato de lentejas.

Tengo algunos amigos creyentes cuyos padres les obligaron a vivir encerrados durante su adolescencia por miedo al mundo. Iban del instituto a casa y de casa a alguna actividad puntual, solo relacionada con la iglesia. No tenían apenas amigos ni relaciones porque todo era “del mundo”. Por el contrario, yo mismo soy un ejemplo de lo que no se debe hacer en el otro extremo. Puedo afirmar que la mayoría de las estupideces y malas decisiones que he cometido en mi vida han sido después de creer en Cristo como mi salvador personal. Y todo fue por venderme al mundo.

El ejemplo de Daniel en cuanto a dónde poner la línea es especialmente útil para los jóvenes que viven en un mar de hormonas, descubrimientos, nuevas amistades y ganas de aventura, en medio de un mundo que les invita e incita a usar todo eso para destruir

sus propias vidas de las más diversas maneras. *No te cierres, pero no te vendas.* Habla con tus padres o con un líder de tu iglesia sobre dónde vas a poner la línea. No lo decidas tú, porque todos tendemos a engañarnos a nosotros mismos. Busca la voluntad de Dios, pídele que te dé sabiduría al respecto. Una vez que tengas claros tus límites, permanece fiel a ellos pase lo que pase, aunque duela, aunque suene delicioso y placentero el sobrepasarlos.

La razón por la que debes hacer esto no es porque sí. Ten claro el enfoque. Tienes un Dios soberano que se preocupa por ti. Tienes un Dios poderoso que usará el sufrimiento presente para traer un bien muchísimo mayor. Tienes un Dios amoroso que no te cierra puertas para limitarte, sino para potenciarte mientras te protege.

Daniel no se vendió a la cultura, pero tampoco se escondió de ella. El cristianismo no merece ser creído porque tus padres son cristianos. Ni siquiera porque se siente bien al estar en la iglesia. La Biblia merece ser creída y obedecida porque es verdad. Entiendo que hay muchas cosas que estás aprendiendo en clase que te hacen dudar de lo que escuchas en la iglesia o de lo que lees en la Biblia. Entiendo que la gente piensa que eres ignorante y medieval por creer en Dios. No tengas miedo de buscar respuestas. Te aseguro que hay respuestas. Pregunta a los líderes de la iglesia, busca buenos libros cristianos que traten los temas con los que estás luchando. Busca la verdad con la mente abierta, porque la verdad siempre te llevará a Cristo, y Cristo te hará libre (Jn. 8:32).

Sigue el mejor ejemplo

Daniel es un buen ejemplo de alguien que salió de su trasfondo y supo vivir sabiamente en medio de una cultura hostil. Pero aún tenemos un ejemplo mejor de esto mismo. Este ejemplo es Jesús.

Cristo dejó voluntariamente su trono y su posición en el cielo para hacerse un bebé por amor a nosotros. *El que dirige imperios se hizo un pequeño niño que nació en un comedero de animales para que*

tú pudieras acercarte a él con confianza, por medio de su gran sacrificio. Este Jesús nos enseñó cómo vivir sabiamente en medio de un mundo enemigo sin esconderse, pero sin comprometer ni un ápice Su santidad. Y esto pudo hacerlo porque vivía agarrado y confiando plenamente en Su Padre celestial.

Este sí que es el ejemplo mayúsculo que merece la pena ser seguido. Nosotros tampoco pertenecemos a este mundo, nuestra ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20). Pero nosotros ahora vivimos en este mundo. Es en este mundo donde Dios nos ha llamado “a fin de que anunci[emos] las virtudes de aquel que [nos] llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P. 2:9). No podemos anunciar nada a nadie si vivimos con miedo a la gente y a la sociedad. *Vivir contracorriente no significa vivir fuera del río, sino en medio del río, con los demás peces, mientras no nos dejamos llevar con el curso del agua.*

Estoy convencido de que algún día conoceré a Aspenaz en el cielo. Estoy convencido de que también conoceré a Nabucodonosor el Grande. Ellos tuvieron un testigo de excepción de las virtudes de nuestro Dios: Daniel. Porque Daniel no se escondió ni se vendió pudo ser un vocero de la grandeza y la soberanía de Dios en medio de esta sociedad perversa. Eso debemos ser nosotros, a eso mismo hemos sido llamados. Que nuestro Dios nos ayude a permanecer fieles a él mientras nuestros pies aún están hundidos en el barro de nuestro mundo.